



El Raval es difícil de atravesar verticalmente, siendo esta conexión quizá la más interesante puesto que pone en relación el ensanche con el mar. Hay dos maneras de hacerlo: la primera, encadenando espacios urbanos recuperados mediante equipamientos y la segunda, que consiste en buscar la continuidad de las calles existentes.

Mi edificio se sitúa en la calle del Om, después calle del Estel, después Riereta y otros tantos nombres hasta convertirse en Muntaner. Es una de esas calles que consigue cruzar el Raval. Por otro lado se emplaza en el parque de Sant Pau, un nuevo vacío urbano que hace que mis fachadas contiguas, las de la calle de les Tàpies, estén llenas de detrasas. Mi pieza apuesta por rematar la manzana en ese punto donde vacío y calle se juntan, intentando consolidar la esquina.

La tercera fachada es la calle Nou de la Rambla, calle típica del Raval, de sección estrecha, de clarososcuros, de miradas en escorzo y de actividad constante, el Raval que todos conocemos y que pertenece a nuestro imaginario colectivo. Pero existe otro Raval, el mundo de las cubiertas: un paisaje privado, reservado a los vecinos que nos permite lanzar la mirada a la ciudad entera.

Es en este paisaje donde la cubierta de mi edificio se convierte en el hall de la pieza más pública, el auditorio. La cubierta se repliega sobre sí misma dentro del límite irregular del solar, enroscándose alrededor del badalot siempre asociado a un patio central y ortogonal y albergando a su paso el resto de piezas públicas. Esta situación se prolonga hasta que se encuentra con el edificio privado, la escuela, una pieza central de forjados planos y ortogonales que comparte el patio y el badalot con el edificio público.

A partir de este momento la rampa se convierte en el acuerdo entre el edificio central y el límite irregular, envolviendo y protegiendo las aulas del exterior.

A su paso, la rampa va cosiéndose a cada forjado en una de sus esquinas. La rampa tiene doble altura porque sube dos plantas al dar una vuelta completa. Esto permite aparecer una segunda rampa más estrecha a modo de altillo consiguiendo así otra conexión en la esquina opuesta. Es después de acceder a la cubierta a través del badalot, después de asistir a un concierto, después de desalojar la sala, después de recorrer el edificio, cuando se puede decir que la rampa es la calle que nos devuelve al suelo.

